

joven. Pero yo no soy tan tonto; usted con su gritería y sus golpes quiso impedir el efecto de mi canción, y hacer que la niña no se enterase de que otro la cortejaba. ¡Jah, jah, jah, jah! Ahora descubro sus astucias... usted mandó al aprendiz á que me diera de palos; ¡oh! ¡oh! ¡oh! y para hacerme escarnio de la señorita, me dejó maltrecho y abatido, sin poder valerme; á mi propia vida atentaron, pero yo he salido con bien de este paso, para tomar venganza... Atrévase á cantar, que aun apaleado y todo, ya vera usted lo que le sucede...

SACHS.—Amigo mío, está usted en un error. Usted puede creer lo que le dé la gana, pero yo no me caso.

BECKMESSER.—¡Mentira! ¡estoy mejor enterado!

SACHS.—¡Pero qué diablos se le ocurre á usted, maestro Beckmesser! ¡y qué le importa lo que yo haga! De todos modos, créame usted á mí; desisto de mi pretensión...

BECKMESSER.—¿No quiere usted cantar hoy?

SACHS.—No en el certamen.

BECKMESSER.—¿En el certamen no?

SACHS.—No.

BECKMESSER.—¿Y si tuviera una prueba de lo contrario?

SACHS (mirando á la mesa).—¡Ah! la poesía que dejé aquí, y que usted se ha metido en el bolsillo!...

BECKMESSER (saca el papel).—¿No es letra de su puño?

SACHS.—Sí, era esto.

BECKMESSER.—Todavía está fresca la letra.

SACHS.—¿Todavía está fresca la letra?

BECKMESSER.—¿Quizás era un canto bíblico?

SACHS.—¡Error!

BECKMESSER.—¿Pues?

SACHS.—¿Cómo?

BECKMESSER.—¿Y usted pregunta?

SACHS.—¿Qué mas?

BECKMESSER.—Que usted, con toda su apariencia de hombre honrado, es un solemne bribón.

SACHS.—Pero nunca he robado lo que encontré encima de las mesas ajenas. Yo le regalo á usted el papel, para salvarle de compromisos.

BECKMESSER (con un salto de alegría).—¡Cómo! una poesía!... una poesía de Sachs! Quizás me la cede para meterme en otro embrollo! Usted se la sabrá de memoria!

SACHS.—Nada tema usted.

BECKMESSER.—¿Usted me la da?

SACHS.—Para que no sea usted un ladrón.

BECKMESSER.—¿Y puedo hacer de ella el uso que guste?

SACHS.—Lo que usted quiera.

BECKMESSER.—¿Y puedo cantarla?

SACHS.—Si lo logra.

BECKMESSER.—¡Ah si pudiese obtener el triunfo!

SACHS.—Mucho lo etrañaría...

BECKMESSER (ingenuamente).—¡Es demasiado modesto! pues digo, un canto de Sachs! Esto es importante. Oiga lo que me pasa y qué malo estoy. Mucho me costó mi poesía de ayer; pero con lo que ayer ocurrió y apaleado y abatido, temí que no podría componer otra, y que me vería obligado á desistir de mis pretensiones. Pero ahora, con la canción de usted estoy seguro de vencer. Si usted me la dá, demos al olvido la riña y las disputas pasadas. (Mira receloso el papel y de repente frunce el ceño.) ¡Pero si fuera esto una añagaza! Ayer era usted mi amigo. ¿Cómo es posible que después de tanto reñir, se vuelva usted de repente mi amigo?

SACHS.—Trabajé de noche, por acabarle los zapatos: ¿se hace tanto por un enemigo?

BECKMESSER.—¡Está bien! pero jure que nunca dirá que sea usted el autor de la canción.

SACHS.—Juro que nunca diré que sea yo el autor.

BECKMESSER (muy alegre).—¿Qué quieres más, amigo Beckmesser? puedes estar tranquilo.

(Frotándose las manos.)

SACHS.—Le advierto y aconsejo que la estudie mucho; no es muy fácil.

BECKMESSER.—Usted es un buen poeta, amigo Sachs; más, para componer música, no hay otro como yo. Atienda usted bien, no hay otro como Beckmesser! Si usted me oye la canción, se convencerá de ello. Voy al instante á aprenderla de memoria y á componer sin pérdida de tiempo. ¡Ay, amigo Sachs! y cuán mal le juzgaba! Lo ocurrido ayer me sacó de quicio. Se me va la cabeza... Ya ajustaré yo la letra á la melodía... No puedo detenerme; he de salir... Muhas gracias; muchas gracias por su buena intención... He de comprar las obras de usted. No ha de faltarle mi voto para la elección de juez... Pero no apuntará usted á martillazos... sino con el yeso... ¿está entendido? Juez... será usted juez... Hans Sachs... ¡viva Nuremberg!... viva el arte de la zapatería!

(Vase corriendo, cojeando y atropelladamente como si fuera loco.)

SACHS (con malicia).—Nunca hallé quien fuese astuto hasta el fin. No hay hombre sin un momento de flaqueza en el cual se deja engañar. Ese hurto de Beckmesser favorece mis proyectos. (A través de la ventana ve acercarse á Eva.) Eva! Cabalmente estaba pensando en ella! (Eva, ricamente vestida, con un traje blanco y adornada de brillantes, entra en la tienda.) ¡Salve, Eva! qué guapa! cómo presume usted de hermosa! hasta á los viejos como á los jóvenes, obliga á echarle flores!

EVA.—¡Maestro!... no hay peligro... El sastre me ha vestido muy bien, pero nadie diría que me doliese el zapato.

SACHS.—Usted tiene la culpa. ¡Cómo no quiso probárselos usted ayer!

EVA.—Es verdad; confié en el maestro y me he equivocado.

SACHS.—Lo siento! A ver, hija mía! á ver si lo arreglamos!

EVA.—Cuando estoy de pie menos mal, pero en cuanto ando, he de detenerme.

SACHS.—A ver! ponga el pie en ese taburete! Ya lo remediaremos! (Eva pone el pie en el taburete cerca de la mesita.) ¿Qué hay? ¡veamos!

EVA.—¿No ve usted? está demasiado ancho!

SACHS.—Pura vanidad, porque está estrecho!

EVA.—Pero si me duelen los dedos...

SACHS.—Aquí, el izquierdo.

EVA.—No, el derecho.

SACHS.—¿Y la planta?

EVA.—No; cerca del talón.

SACHS.—¿También ésta?

EVA.—Entonces, sabe usted mejor que yo dónde me aprieta el zapato.

SACHS.—Lo que extraño, que siéndole ancho, le apriete de todos lados. (Walther vestido ricamente de caballero se detiene en la puerta sorprendido viendo á Eva. Esta lanza un grito y se queda inmóvil y en la misma postura, con el pié en el taburete. Sachs arrodillado delante de ella y de espaldas á la puerta.) Aquí está; ya comprendo lo que es. Niña, tienes razón, es la costura; quédate así; te quitaré el zapato y lo pondré en la horma. (Le quita el zapato y mientras ella aguarda, Sachs lo arregla.) ¡Qué pesado es mi oficio! Oye, niña, estaba pensando una cosa: ¡si aspirase yo al premio para alcanzar tu mano! ¿no escuchas?... pero, habla, ¿no me lo aconsejaste tú?... ya comprendo, ya comprendo; si mientras trabajo alguien me cantara algo. Recuerda una bonita canción cuya tercera estrofa era preciosa.

WALTHER (siempre delante de Eva y en la misma postura).—«Mientras centelleaban las estrellas brillantes y claras, ella, la más hermosa de todas las

mujeres, ostentaba en su frente una guirnalda de suave fulgor. ¡Maravillas sobre maravillas se suceden en este día doblemente dichoso! Veo brillar dos ojos semejantes á dos soles ¡oh dulce imagen!... ¡Cómo me acercaría á ti! Ella depuso en su frente una guirnalda eligiéndole por esposo, y ahora le corona de gloria y derrama en el corazón del poeta delicias celestiales en un sueño de amor.»

SACHS (ocupado hasta aquí en su trabajo, vuelve con el zapato y calza á Eva mientras Walther termina su canción).—Escucha, niña, este es un canto magistral; eso que ahora cantan en mi casa... ¿á ver, cómo te sienta?... prueba de andar... ¿todavía te lastima?...

(Eva, como encantada, se queda inmóvil escuchando y mirando á Walther hasta que prorrumpen en llanto y se echa en brazos de Sachs quien la estrecha suspirando. Walther se acerca y le estrecha la mano entusiasmado. Sachs hace un esfuerzo y se arranca de sus brazos con enfado, y Eva, sin querer, se apoya en los hombros de Walther.

EVA (atrayendo á Sachs).—¡Oh, Sachs! amigo mío, ¿cómo recompensar tu nobleza?... ¿qué hubiera sido de mí sin tu cariño?... ¡si tú no hubieras despertado mi inteligencia!... Cuánto hay en mí que vale algo, lo debo á tus consejos: tú me educaste, tú me inspiraste nobles pensamientos. Ríñeme, si quieres; yo estaba resuelta á ser tuya. ¡Querido maestro! Pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo; un tormento desconocido para mí, fatal, inconsciente... Tú mismo tenías miedo...

SACHS.—Hija mía; Hans Sachs sabe una historia muy triste de Tristán é Isolda y no quiso para sí la dicha de Marke. Ya era tiempo de conocer lo que te convenía; sin ello hubiera hecho una sandez: mira, allá va Magdalena... entra... eh, David, no sales? (Magdalena muy bien vestida entra por la puerta de la tienda; sale al propio tiempo David



también en traje de fiesta, y adornado con flores y cintas.) Los testigos ya están aquí, vamos, padrinos, al bautizo!... poneos en fila. (Todos se miran sorprendidos.) Alguien ha nacido; ahora tenemos que bautizar al niño. Así es la costumbre entre nosotros; cuando un maestro inventa una nueva melodía se le da un nombre especial para distinguirla en adelante. Sabed, respetables presentes, los que os habéis reunido aquí, que el hidalgo Walther ha compuesto y cantado una nueva melodía, y, siendo el padre, designa como padrinos á la señorita Pogner y á mí, que, sabedores de la noticia, asistimos al bautizo, y como testigos, á Magdalena y á David; pues si bien, según nuestras leyes, no puede ser testigo un aprendiz, como hoy ha cantado perfectamente una composición de que es autor, le proclamo compañero. Arrodíllate y toma. (David se arrodilla y le da una fuerte bofetada.) Levántate, compañero, nunca la olvidarás. Para que no falte nada en este acto y nadie pueda decir que ha sido un bautizo de necesidad, puesto que la melodía es viable, voy á darle nombre en seguida. Se llamará «La celeste interpretación de un sueño matinal.» Su nombre será el mayor elogio del maestro. Ahora la madrina debe darle el parabién con una copla.

EVA.—«Grata como el sol sonríe para mí la felicidad, y brota para mí un raudal de delicias. Aurora celestial ¡cuán grande ventura presagio en sueños; qué dulce interpretarlos! ¡Ojalá me fuese posible cantar con una melodía tierna y sublime lo que siento; si es sueño, apenas puedo decirlo; pero creo que esa canción alcanzará el premio!»

WALTHER.—«Tu amor puro y sublime me inspiro el talento de expresar las dulces penas de mi corazón. Apenas acierto á decir **si** dura todavía el celeste ensueño; mas si pudiese repetir ante los maestros cuánto dice esta melodía en este lugar silencioso, ganaba seguramente el premio.»

SACHS.—También yo quisiera cantar delante de

la niña; mas he de sofocar en mi pecho la pena que le embarga. Un sueño hermoso me fascinó á la tarde; no me atrevo á interpretarlo! Esta melodía me dice que la eterna guirnalda sólo la merece el poeta.

DAVID.—¿Estoy despierto ó sueño? No sé. Fui promovido á oficial. La cabeza se me va. Pronto en la iglesia Magdalena será mi esposa; pronto ascenderé á maestro.

MAGDALENA.—¿Estoy despierta ó sueño? No sé. El, oficial; yo su novia. Pronto quizás ascienda á maestra.

(La orquesta empieza gradualmente una melodía más alegre.)

SACHS (da la señal de salir).—Ahora cada cual á su puesto... Señor padre, mil parabienes. Vamos deprisa á la pradera... (Vanse Eva y Magdalena al taller.) Vámonos, hidalgo. Sígueme, David. Buen ánimo, oficial! Cierra la tienda.

(anse Sachs y Walther. David cierra las puertas del taller. Se corre una cortina.)

MUTACIÓN

Crescendo.—Al levantarse de nuevo el telón, aparece en el fondo la ciudad de Nuremberg, y en primer término una pradera cruzada por el río Pegnitz vadeable en algunos puntos. Arriban á la orilla, de varios lados, en canoas y barcas, empavesadas con banderas multicolores, ciudadanos de los gremios con sus esposas y niños, todos vestidos de fiesta. A la derecha habrá un tablado, adornado también con banderas de los gremios, que van llegando. Los porta-estandartes toman las de los últimos gremios y las colocan también alrededor del tablado hasta que éste quede cerrado por sus tres caras. A lo largo del proscenio, tiendas de bebidas y refrescos. Los ciudadanos con sus esposas é hijos pasean alrededor de las tiendas con mucha animación. Los aprendices de los maestros, en traje de fiesta y engalanados con cintas y flores, con varas en la mano, guarnecidas también de flores, ejercen su oficio de heraldos, y cuidan del buen orden en la ceremonia. Van recibiendo á los que llegan en las barcas; disponen la procesión de los gremios y los acompañan hasta el tablado, donde el porta-estandarte deja la bandera; luego, agremiados y oficiales se dispersan y confunden con la multitud. Siguen llegando los gremios.

Los zapateros.—«¡Viva san Crispín! el zapatero de los pobres! viva el santo, el que robaba el cuero para servirles (1).»

(1) En este, como en otros pasajes, nos vemos obligados á reducir á pocas palabras las estrofas de algunas canciones, por la razón indicada en el prólogo.

(Los pífanos de la ciudad, los fabricantes de laúdes y juguetes para niños tocando sus instrumentos. Siguen los sastres.)

Los sastres.—«Cuando Nuremberg estaba sitiada y afligida por la carestía, próxima á perecer, salvóla un sastre, osado y astuto, vestido con la piel de un macho cabrío, saltando así las murallas de la ciudad.»

Los panaderos (siguen inmediatamente al grupo anterior, de modo que su canto se mezcla con el de los sastres.) «¡Qué terrible plaga es el hambre! ¡qué sería del mundo sin los panaderos!»

Aprendices. — ¡Adelante, adelante, muchachas! ¡Música, música! que la gente se divierta!...

(Llegan en una barca de varios colores algunas muchachas con ricos trajes de campesinas. Los aprendices ayudan á las muchachas á poner pie á tierra y al són de los pífanos bailan con ellas hacia el proscenio. Baile característico, propio de la fiesta, que consiste en una pantomima singular. Los aprendices intentan llevar á las muchachas á su sitio; otros las llevan á otro punto. Así dan la vuelta por todo el círculo, lo cual da más animación á la fiesta.)

DAVID (apeándose en el embarcadero. Los muchachos se burlan de él).—¿Cómo? ¿ya bailáis? ¡qué dirán los maestros! ¿no me oís? pues entonces también yo quiero divertirme...

(Coge una linda joven y empieza á dar vueltas con la mayor velocidad. Risas y alegría.)

Algunos aprendices.—David! mira que Magdalena te observa!

DAVID (asustado, suelta la pareja; pero no viendo nada, vuelve á bailar con más entusiasmo).—Dejadme en paz con vuestras chanzas...

DAVID.—¡Justo cielo! ¡adiós, hermosas!

Los oficiales (desde el desembarcadero). — ¡Los maestros cantores! los maestros cantores!

(Besa con ardor á la niña y escapa. Los aprendices interrumpen el baile de golpe, corren á la orilla y se ponen en fila para la recepción de los maestros. La gente abre paso á la intimación de los aprendices; salen los maestros cantores en procesión, y se dirigen á ocupar su puesto en el tablado. Abre la marcha Köthner como abanderado; luego sigue Pogner llevando de la mano á Eva, seguida de varias señoritas ricamente adornadas. Magdalena se une á ellas. Después vienen los maestros, que son recibidos con aclamaciones. Cuando todos ocupan su sitio en el tablado, se sienta Eva en el puesto de honor, rodeada de sus acompañantes. Köthner coloca su bandera en el centro, de modo que sobresalga entre las demás. Los aprendices se ponen en fila delante del tablado y de cara al pueblo.)

Los aprendices.—¡Silencio! ¡silencio!

(Sachs se adelanta algunos pasos. Al verle, el pueblo en masa prorrumpen en aplausos y agita los sombreros y pañuelos.)

EL PUEBLO.—Es Sachs! es Sachs! Ahí está el maestro! empiece el canto. (En actitud solemne.) «Despunta el día y entona sus trinos el ruiseñor que alegra los valles y montañas; la noche se hunde en el Occidente y el Oriente alborea; la aurora con rojas tintas de fuego disipa las pardas nubes. ¡Viva Sachs! ¡viva el hijo predilecto de Nuremberg!

(Momento prolongado de emoción. Sachs, después de haber dado una mirada como soñando, en torno de la multitud, se inclina hacia ella y empieza con voz conmovida, pero firme:)

SACHS.—Para vosotros esto es fácil. Me dispensáis un honor que no merezco; si aspiro al aplauso es por ganarme vuestro cariño, y hasta distinción es para mí haber sido elegido para abrir el certamen, loando el mayor premio. Ya que tenéis en tan grande estima el arte, he de probar que prefiero á todos los premios, los que á él se consagran. Esto

os enseñará hoy un maestro recto y de noble corazón, quien ofrece por premio, delante de todo el pueblo, á su propia hija, su mayor tesoro, con todos sus bienes. Empieza el concurso. A vosotros, maestros, que osáis competir delante del pueblo, os advierto que tengáis en cuenta la importancia de tan extraordinario lauro, y sea la conducta del que á él aspire, pura y noble... Esta solemnidad demuestra que la ciudad de Nuremberg fué siempre, entre todas, así en los tiempos antiguos como en los modernos, la que rindió mayor veneración al arte y á sus maestros.

(Sensación. Sachs se acerca á Pogner y le estrecha la mano conmovido.)

POGNER.—Sachs, amigo mío! ¿Cómo os daré las gracias! ¿qué bien sabéis expresar lo que siento!

SACHS.—Era mucho atrevimiento! ¡ahora, valor! (Dirigiéndose á Beckmesser, el cual se ha ocupado mientras entraba el cortejo, en leer y estudiar la poesía limpiándose á menudo el sudor de la frente, gesticulando inquieto y sacando á hurtadillas el papel.) ¿Cómo vamos, señor juez? ¿está usted dispuesto?

BECKMESSER.—¡Oh! esta canción!... no puedo aprenderla por más que la estudio.

SACHS.—Nadie le obliga á usted á cantar.

BECKMESSER.—Pero ¿qué he de hacer? si la mía no sirve, no es culpa de usted. Ahora, asístame; sería feo que me abandonara.

SACHS.—Sería mejor que no cantase.

BECKMESSER.—¿Por qué?... Si usted no canta, yo me llevaré el premio.

SACHS.—Veremos cómo irá esto.

BECKMESSER.—De cantarlo bien, respondo; pero nadie me comprenderá. Cuento sólo con la popularidad de usted.

(En esto varios aprendices han formado un montón de césped y flores, frente al tablado).

SACHS.—¡Maestros y espectadores! empieza el canto!

KOTHNER (levantándose).—Maestros solteros, preparaos; comienza el más antiguo. Señor Beckmesser, empiece usted.

BECKMESSER (baja del tablado. Los aprendices le conducen hasta el montón de césped. Tropieza, y le flaquean las piernas.)—¡Demonio! el terreno no está sólido! ¡arregladlo!

(Los muchachos, riendo, vuelven á apisonar el césped.)

EL PUEBLO (murmurando, mientras Beckmesser se dispone á cantar).—Mira, ¡cómo! ¿éste es el que quiere competir con los otros? no creo que se lleve él el premio, ni le elegiría á ser de la muchacha. Si no se puede tener en pie, ¿cómo va á salir del paso? silencio! es gran maestro y escribano: se llama Beckmesser... ¡Dios mío!... parece tonto... se va á caer... vaya, no os chanceéis que tiene voto y asiento en el consejo municipal...

Aprendices (en fila).—¡Silencio!...

(Beckmesser saluda con una grotesca reverencia á Eva, escudriñando, y mirándola con angustia.)

KOTHNER.—Empezad...

BECKMESSER (canta su melodía que no corresponde á la letra, interrumpiéndose á veces turbado é inquieto).—«Mañana... y... luzco... sonrosado... lleno de sangre y de perfumes... rápido como el aire; tan pronto ganado como perdido... en el jardín invito...» (1)

LOS MAESTROS (en voz baja, entre sí).—¿Pero está loco?... ¿cómo pudo concebir tales sandeces?

PUEBLO (lo mismo).—¡Qué cosa tan rara!... ¿cómo puede ser esto?... ¡Oíste!... ¿A quién invita?... ¿Lo habremos comprendido...?

BECKMESSER (después de haberse erguido y miran-

(1) Las incoherencias de este pasaje son casi intraducibles.

do á hurtadillas el movimiento continúa cantando).—«Confortablemente vivo en el mismo lugar, buscando oro y fruta... y jugo de plomo... y peso... Desde la horca me busca, quien me desea... Sobre una escalera aérea, apenas cuelgo del árbol...»

(Intenta de nuevo serenarse y buscar el papel.)

MAESTROS.—¿Pero qué está diciendo?... ¡qué disparates!... ¡está loco!

PUEBLO (con murmullo creciente).—¡Bonito aspirante! Ya encontrará su merecido! ya le colgarán de la horca!... si cualquiera diría que ya lo está...

BECKMESSER (con creciente turbación).—¡Qué miedo tengo! y la gente parece que se burla! (Continuando.) «En mi escalera había una mujer; ruborosa, no quiso mirarme... Pálido como una col, ceñido de cáñamo... el perro me guiñaba el ojo, soplando... he devorado... como fruto... Así como madera á caballo...

(El pueblo prorrumpe en grandes carcajadas.)

BECKMESSER (retirándose enfurecido, yendo hacia Sachs).—¡Maldito zapatero! esto te lo debo á ti! La canción no es mía; es un regalo de Sachs, de vuestro estimadísimo Sachs! el miserable me atribuye su mala poesía.

(Corrido, furioso, va á esconderse entre la multitud.

—Gran tumulto.)

EL PUEBLO.—¿De Sachs esta canción? ¡muy raro nos parecía!

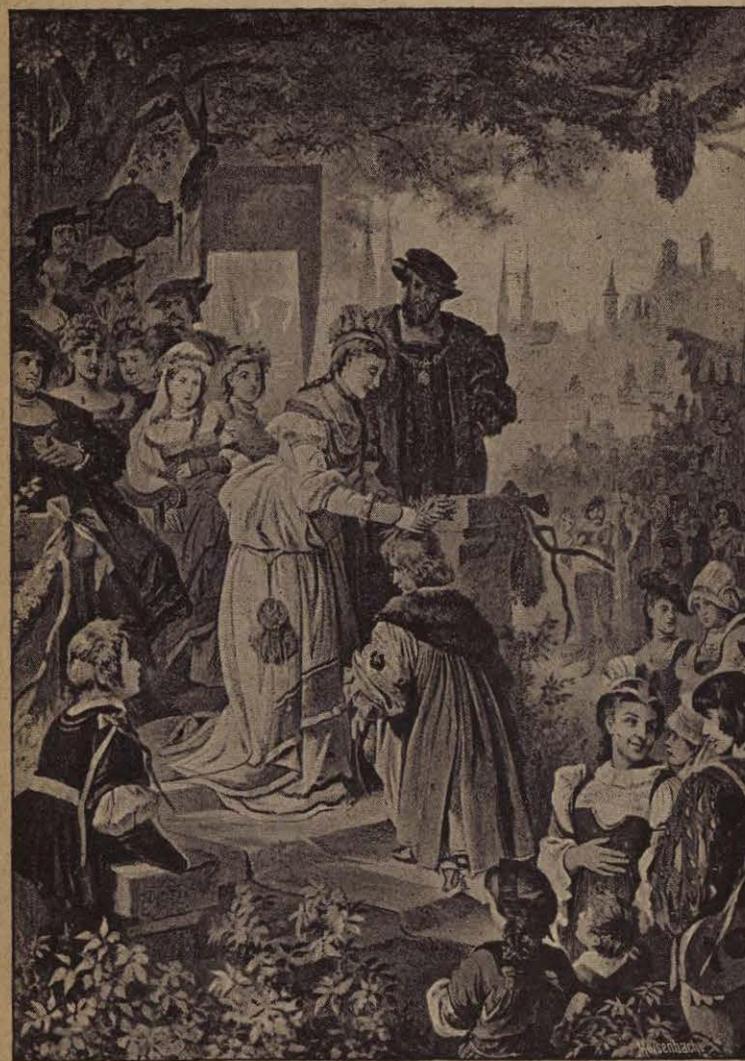
LOS MAESTROS.—Qué escándalo. Hable Sachs... ¿esto es de usted? ¡Caso más raro!

SACHS (quien con mucha calma recoge el papel que Beckmesser ha echado al suelo).—Realmente, esta canción no es mía; el señor Beckmesser yerra otra vez. Cómo la obtuvo, él mismo debe decirlo; pero nunca me atrevería á declararme autor de tan bella composición.

LOS MAESTROS.—¿Cómo bella? ¡Sachs se burla!

PUEBLO.—¡Cómo!... Esto es chanza, Sachs!...

SACHS.—Repito, señores, que la canción es pre-



ciosa; pero al primer golpe se ve que nuestro amigo Beckmesser la ha desfigurado. Doy mi palabra de que, bien cantada, os gustaría muchísimo; quien supiese ejecutarla probaría que es su autor y con derecho al título de maestro, si los jueces le fuesen favorables... Como acusado que soy, debo probar mi inocencia y tengo derecho á presentar testigos. Si hay alguien aquí que pueda defenderme, que se presente como testigo. (Walther sale de entre la multitud. Sensación general.) Prueba que la canción no es mía, y que he dicho en todo la verdad.

LOS MAESTROS.—Como Sachs habla hoy con tal elocuencia, le concedemos por especial favor esta prueba.

SACHS.—La excepción confirma la regla.

EL PUEBLO.—¡Qué magnífico y osado testigo! seguramente saldrá con la suya...

SACHS.—Los maestros y el pueblo están dispuestos á escucharle como testigo: Señor Walther de Stolzing, empiece usted la canción. (A los maestros.) Ustedes pueden cerciorarse de que está bien compuesta.

(Se la da á los maestros para leerla.)

APRENDICES.—¡Qué general atención! No tenemos que imponer silencio.

(Walther sube animoso y con paso firme sobre el montón de flores y entona otra vez la primera estrofa de su canción, con ligeras variantes.—Los maestros conmovidos, sueltan el manuscrito. Walther parece advertirlo; pero continúa sin preocuparse de ello.)

EL PUEBLO (en voz baja).—Esto ya es otra cosa. ¡Quién hubiese creído! qué efecto produce la letra bien cantada!

LOS MAESTROS (en voz baja). — ¡Bien se ve la diferencia!

SACHS.—¡Atienda el juez! ¡Continúe usted!
(Walther entona la segunda estrofa.)

EL PUEBLO (en voz baja y aparte).—¡Qué hermoso y agradable canto...

LOS MAESTROS.—¡Qué sublime!... Algo raro, en verdad; pero bien pensado y bien cantado...

SACHS.—¡Testigo!... Perfectamente... Acabe usted.

WALTHER (con el mayor entusiasmo).—«¡Oh delicioso, oh celeste día... de cuyo sueño poético despertó!»

LOS MAESTROS.—Noble cantor: ¡toma tu guirnalda! ¡tu canto merece el premio!

POGNER.—¡Oh Sachs! te debo la honra y la dicha! cese mi pesar!

(Eva desde el principio de la escena habrá permanecido inmóvil é impassible, escuchando á Walther con alma entera. A la aclamación simultánea del pueblo y los maestros, se levanta y llega hasta el borde del tablado; allí, coloca la guirnalda de laurel en la frente de Walther, de hinojos delante de ella. Luego, Walther se levanta y acompañado por Eva va al encuentro de su padre; se arrodilla, y éste los bendice, extendiendo las manos.)

SACHS (señalando el grupo al pueblo).—¿Verdad que escogí un buen testigo? ¿estáis satisfechos de Hans?

EL PUEBLO (con alegría).—Si has acertado, qué noble acción!

VARIOS MAESTROS. — ¡Adelante, maestro Pagner! ¡Proclamad maestro al hidalgo, para nuestra gloria!

POGNER (con una cadena de oro al cuello y tres medallas).—Adornado con la efigie del rey David, queda proclamado miembro del gremio de Maestros cantores.

WALTHER (se conmueve, mal de su grado).—¡Ah, no, maestros! no acepto el título!... Esta vanagloria no aumenta mi dicha.

(Los maestros miran con sorpresa á Sachs.)

SACHS (asiendo de la mano á Walther con fuerza).—No desprecie á los maestros y el arte; esta distinción ha de parecerle á usted honrosa: Su mayor

gloria no la debe ni al blasón de sus antepasados, ni á su lanza, sino á su calidad de poeta; y puesto que estima el arte que tales premios concede, debe estimar á los maestros que lo han cultivado y querido, y han conservado su tradición, que en los años de lucha y miseria, se refugiaba en ellos, y se conservaba castiza y genuina cuando se perdía en las cortes y castillos y palacios. Los maestros la han conservado siempre á su mayor altura. ¿Qué puede usted desear más de ellos? Ante el peligro que nos amenaza, é introduce las costumbres y el lenguaje de cortes y extranjeras en el pueblo é imperio de Alemania, á tal punto que en breve ningún príncipe entenderá á su pueblo; cuando haya desaparecido nuestro carácter, todavía se guardará incólume entre los Maestros cantores. Por esto, os conjuro á que les estiméis y honréis sus obras. Puede desaparecer el Imperio, pero será inmortal el arte sagrado alemán.

(Todos con entusiasmo acompañan el final. Eva toma la guirnalda de Walther y corona á Sachs. Este coge la cadena de manos de Pagner y la cuelga al cuello de Walther. Walther y Eva reclinan la cabeza sobre los hombros de Sachs y Pagner hinca la rodilla delante de él. Los maestros le proclaman su jefe alzando las manos. Los aprendices aplauden y el pueblo agita entusiasmado pañuelos y sombreros.)

EL PUEBLO.—¡Viva Sachs! viva Hans Sachs! viva el hijo querido de Nuremberg!